

se, en muchos casos, en sus propios empresarios. Los clubes departamentales, estratégicamente repartidos a lo largo y ancho de Lima, son los locales más socorridos (pues rara vez algunos de ellos logran acceso a teatros como el Municipal) y, al parecer, se ha producido una especie de tácito reparto. Como quiera que sea, la abundante afluencia provinciana en Lima ha hecho que esos espectáculos sean más requeridos que en otros tiempos y que las resistencias del medio capitalino hayan disminuído. Sin embargo, forma parte del proceso de difusión el peligroso fenómeno de la transformación de las expresiones y cada vez son más las formas transculturadas que pueden apreciarse en un ciudad como Lima.

En 1989, el gobierno «populista» de Alan García creó por decreto supremo la Escuela Nacional de Folklore «José María Arguedas», dentro de la jurisdicción del Ministerio de Educación y sobre la base de lo que fuera una dependencia del Instituto Nacional de Cultura. Su creación apresurada, sin contemplar las formas para hacerla no sólo sobrevivir sino producir, la han convertido en una institución más agobiada por la crisis económica e imposibilitada de cumplir todas sus funciones. Ella debería estar a la cabeza de una serie de entidades del mismo tipo repartidas en provincias y orientadas a estudiar y difundir el folklore local, pero por el momento esta es una aspiración imposible de realizar; la Escuela, centralizada en Lima, no tiene filiales y, navegando en la tormenta de los problemas administrativos, hace lo que puede. Por ahora, forma profesores de música y danza tradicionales de todas las regiones del país y cuenta con tres investigadores a quienes no puede dotar de gran capacidad de movimiento, pues no cuenta con recursos para financiar programas de investigación, viajes, publicaciones ni grabaciones. Lo que estas personas logran hacer es gracias a esfuerzos y conexiones particulares, pero por lo general deben aguardar que la información les llegue aunque presentan el peligro de desaparición de muchas expresiones folklóricas. Tampoco ha podido concretar la Escuela convenios con las universidades de Lima y del interior del país que, a través de sus departamentos de proyección social, hacen labor de folklore pero entendido libremente y quizá contribuyendo sin proponérselo a su corrupción; esas universidades incluyen unas pocas materias sobre folklore en las especialidades de antropología, etnología y sociología, por eso aquéllos que

decidan dedicarse a este estudio llegan a él desde estas especialidades y desde la de musicología.

Tocar el tema del folklore es poner el dedo en el borde de una herida muy profunda y que involucra a muchos órganos vitales. La enumeración desordenada de algunos de sus aspectos problemáticos hecha aquí, a partir de la huella dejada por el contacto directo con algunos de sus intérpretes en aquella reunión arguediana, no es más que un tímido asomo a la enorme extensión de su realidad fascinante y en peligro. Siendo tal vez el Perú el país con el acervo folklórico más rico de América, es probablemente también el que más lo descuida, pero la resistencia de tantos seres anónimos y conocidos a que sus expresiones se olviden acusa calladamente a todos aquellos que lo siguen mirando con indiferencia.

Ana María Gazzolo

Carta de Venezuela

La nueva Monte Ávila

El observador reciente de la vida cultural venezolana podría creer en un súbito, sorprendente y soberbio renacer de su mundo editorial. Así, en septiembre de 1990 se celebró en Caracas la Primera Reunión de Expertos

sobre el Mercado Común del Libro Latinoamericano y, apenas apagados sus ecos en la prensa, tuvimos, en diciembre, el Encuentro Regional del Libro. En ambos eventos, con el inevitable tono triunfalista de este tipo de actos (se llegó a hablar de desbancar a España ante los lectores del continente), se tomaron las medidas de rigor —seguramente tomadas otras tantas veces— para crear ese «mercado común del libro» en Hispanoamérica, suprimiendo las barreras entre los diversos países. Ya con acentos más realistas, se insistió en lo que sería, desde luego, el punto de partida: fomentar la lectura, erradicar el analfabetismo, tratar el libro como producto económico además de como bien cultural y obtener el reconocimiento del sector editorial como industria.

El año se ha cerrado, igualmente, con la «toma» del metro de Caracas por catorce editoriales, que primero regalaron libros bastante desordenadamente en una jornada y luego instalaron un especie de feria subterránea a lo largo de una semana, ofreciendo tres mil títulos con descuentos. No sabemos —no se han publicado cifras— los resultados de esta inmersión literaria en el metro seguramente más pulcro, aséptico, vigilado y prohibitivo —pero también barato— del mundo, cuya fría y casi deshumanizada eficacia es contrastada una y otra vez por columnistas sin tema con la turbulenta cotidianeidad de la superficie caraqueña.

La Feria del Libro de Monte Ávila Editores, culminando en los espacios abiertos del complejo cultural «Teresa Carreño» una veintena de ferias similares celebradas por todo el país durante 1990, es otro de los hechos capaces de atraer la atención. Con envidiable sentido del espectáculo, Monte Ávila ha logrado superar la noción habitual en el país de mera exposición y venta de libros, organizando en paralelo todo tipo de conferencias, recitales, foros y hasta sesiones de boleros... Si ya resultaba interesante ofrecer 700 títulos de su fondo «a precio viejo» —es decir, con el mismo con el que salieron al mercado hace cinco, diez y hasta veinte años—, además del centenar de títulos que ha lanzado en 1990, la concentración de un centenar de escritores en múltiples actos durante dos semanas ha sido un elemento clave del éxito de estas jornadas.

Galardonada por la Cámara Venezolana del Libro como «Editorial del año 1990», Monte Ávila ha coronado su festejada trayectoria anunciando la celebración en Ca-

racas de un Feria Internacional del Libro —sería, sin más, la primera— para 1991.

Por aquí, podríamos delimitar el alcance del eventual renacimiento editorial venezolano. Pues, pese al innegable esfuerzo de sellos como la Biblioteca Ayacucho (que prosigue el proyecto de Ángel Rama de ofrecer una especie de catálogo esencial de autores latinoamericanos, pero cuya escasa promoción dentro y fuera del país convierte en invisibles sus títulos), Fundarte (resucitada prácticamente en los últimos meses y dedicada por vocación a escritores nacionales), la Universidad Central de Venezuela, (tan paralizada editorialmente hasta hace unas semanas que pudo estar un par de años sin director de publicaciones) y de empresas comerciales como Alfadil, Planeta Venezolana, Pomaire y alguna otra (que en 1990 han puesto en circulación, entre todas, poco más de medio centenar de títulos de autores venezolanos), la que pudiéramos llamar con suficientes razones «nueva» Monte Ávila, reina holgadamente por encima de sus competidores.

Después de unos cuatro años en que el equipo anterior llevó a la editorial del Estado venezolano prácticamente al nirvana (en 1989, se publicaron 22 títulos, más 5 en coedición), el nuevo Ministro de Cultura, José Antonio Abreu, quiso imprimir una dinámica excepcional —por no decir faraónica— a un sello tan decaído. El cambio de equipo, realizado a finales de 1989, se vio acompañado de un incremento sustancial del presupuesto. De hecho, éste no había dejado de disminuir desde la creación de Monte Ávila en 1968: comenzó en ese entonces con un millón de dólares, terminó siendo de cien mil dólares en 1988, por la devaluación del bolívar, la moneda venezolana. Monte Ávila cuenta ahora con un presupuesto similar al de veinte años atrás, (un millón de dólares para 1990, un millón cuatrocientos mil para 1991).

Hay que decir que el nombramiento de los actuales gestores de la editorial causó bastante sorpresa. Después de tener a su cabeza y en los cargos directivos a intelectuales de larga trayectoria como Juan Liscano, Oswaldo Trejo, Guillermo Sucre —todos previos, por cierto, a la etapa de decadencia— y de haber sido fundada por un editor tan experimentado como el español Benito Milla, Monte Ávila quedaba en manos de lo que aquí se ha llamado «la generación de relevo», con un edad media de treinta años y un breve curriculum de revistas y suplementos culturales: el poeta Rafael Arráiz Lucca como